

AL/F 32-1

COSAS DE QUEVEDO.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO.

Original de

D. RAFAEL TAMARIT PONCE.



ALMERIA.— 1863.

Imprenta de **D. Jose Vicente Sangerman,**
calle de Arraez, núm. 2.

Al Señor Don José de Acosta y
Vejarano, Presidente del Círculo de Almería.

Deseoso de dar á V. una prueba de la señalada consideracion y aprecio que me inspira, tengo el honor de dedicarle esta pequeña produccion, sintiendo unicamente que por su escaso mérito no sea digna del buen talento de que se halla V. dotado y que admira su atento, seguro servidor

Q. B. S. M.

Po. Camarit Ponce.

Personages.

D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

DOÑA ELVIRA CARBAJAL.

D. ALBERTO GIRÓN.

D. RODRIGO CALDERON.

RUIZ.

SANCHO.

SARMIENTO.

NUÑO.

Un Alcalde de casa y corte.

Un mesonero.

} Oficiales de guardias.

La escena en Madrid , año 1618.

Esta obra es propiedad del autor , quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

ACTO UNICO.

Noche. — Meson de la Estrella. Una puerta al fondo que corresponde al zaguan; otra primer término izquierda que conduce al interior de la casa, y en segundo término derecha, una ventana que dá á la calle. Sobre la puerta del fondo, una imagen alumbrada por un farolillo; en primer término derecha, una mesa, una luz y algunos taburetes.

ESCENA I.

RUIZ, SANCHO y SARMIENTO sentados y apurando algunos vasos de vino.

- RUIZ. Duda no os quepa, buen Sancho,
ni á vos tampoco, Sarmiento:
es hombre que vale mucho
don Francisco de Quevedo.
Ni el envidioso privado
del Rey Felipe tercero,
ni don Rodrigo, ni Uceda,
ni Aliaga, ni el de Lemos,
ni otros muchos cortesanos,
cuyos nombres me reservo,
han conseguido apagar
la luz de ese claro ingenio.
- SANCHO. Es muy verdad, pero en cambio
casi siempre se halla preso
ó perseguido.
- RUIZ. Eso prueba
que les causa envidia y miedo:
como callar no le agrada,
ni le gustan los enredos,

ni torpes maquinaciones
que causen á España duelo,
él inquiera y desenreda
y destruye los cimientos
con que se suelen alzar...

SARMIENTO. Señor Ruiz, vamos bebiendo.

Vuelven á llenar los vasos y á beber.

RUIZ. De aquí las persecuciones
que pesan sobre Quevedo.

SARMIENTO. Dicen que se halla en Madrid.

RUIZ. Hace ya que le tenemos
aquí unos ocho ó diez días.

SANCHO. Y vos sabéis el objeto?..

RUIZ. Se suponen varias cosas,
mas segun lo que yó creo
ha venido á proteger...

SARMIENTO. A quién?

RUIZ. A un tal don Alberto
Giron, sobrino de Osuna.

SANCHO. De Osuna?

RUIZ. Si.

SANCHO. Ya comprendo:

ese joven debe ser,
segun ayer me digeron,
el rival de Calderon.

RUIZ. Justamente.

SARMIENTO. Pues si es cierto,
la partida ha de perderla
don Francisco.

RUIZ. Allá veremos.

SANCHO. No sabéis que don Rodrigo
goza de muy grandes fueros,
y que es tambien secretario
del ministro?

RUIZ. A pesar de eso
puede ocurrir que no triunfe.

SANCHO. Y quién es ella?

RUIZ. Un portento
de hermosura: doña Elvira
de Carbajal!

SANCHO. En efecto;

- es la dama de mas nota
por su belleza y talento.
Y por la que anoche, dicen,
que á don Rodrigo le dieron
unos cuantos cintarazos.
- RUIZ.
- SARMIENTO. Mirando hácia el fondo, donde aparecerá don Rodrigo embozado.
Señor Ruiz, hablad mas quedo,
que un hombre acaba de entrar.
Los tres miran hácia el fondo.
- SANCHO. Teneis razon.
RUIZ. Pues silencio.

ESCENA II.

Los anteriores y D. RODRIGO.

- D. RODRIGO. Guardeos el cielo, señores.
SARMIENTO. El os guarde, don Rodrigo.
Se levantan.
- D. RODRIGO. Mucho me place encontraros.
SANCHO. Tambien nos place infinito
saludar aquí al ilustre
secretario del ministro.
- D. RODRIGO. Mil gracias. Pero... sentaos:
tenemos que hablar.
Se sienta, y despues los demás.
- SARMIENTO. Ya oimos.
D. RODRIGO. Esta mañana, señores,
un billete he recibido
por el que sé que esta noche
á las nueve, en este sitio,
una dama de la Reina,
de alto nombre y de gran brillo,
tiene una cita amorosa
con un doncel que ha venido
hace muy poco á la corte,
y que segun el escrito
entrar anoche en palacio
con la tal dama le han visto.
Y como escándalos son
en verdad muy poco dignos

de aquellos á quienes nombran
los reyes á su servicio,
es conveniente evitarlos
y apelar al correctivo.

SARMIENTO. Contad siempre con nosotros
que fieles al Rey servimos.

D. RODRIGO. Ya sabe su Magestad
que lo sois y muy activos,
y así espero que esta noche
me servireis de testigos
del lance.

RUIZ. Sabeis si en él
tiene parte don Francisco
de Quevedo?

D. RODRIGO. Esa pregunta!..

RUIZ. Nace, señor don Rodrigo,
de que por todo Madrid
hoy sin reparo se ha dicho
que anoche el tal buen Quevedo
por amparar decidido
á una dama de palacio,
y acaso á ese joven mismo,
se batió con... no se quien
que se propuso seguirlos.

D. RODRIGO. Estoy muy bien informado
de cuanto habeis referido;
pero esta noche Quevedo,
no podrá hacer lo que hizo,
que en la torre de Lujanes
se encuentra poco festivo.

RUIZ. ¿Ha sido preso? Con estrañeza.

D. RODRIGO. Si tal,
por mandato del ministro.
Y respecto de la dama
y del amante, yó os fio,
que presos tambien irán
como el duque ha prevenido:
»el amante, con la ronda,
»la dama, con don Rodrigo.»

SARMIENTO. Habeis frustrado los planes
del poeta don Francisco.

SANCHO. Apolo en esta ocasion
de muy poco le ha servido.

D. RODRIGO. Levantándose y tras él los demás.
Ya lo veis. Mas ahora os ruego
que sin tregua y con sigilo
os agregueis á la ronda
que vela por estos sitios,
con la cual aquí entrareis
en cuanto escuchéis mi aviso.

Saludan y se retiran puerta foro.

ESCENA III.

D. RODRIGO sentándose y tomando un ademán pensativo.

¡ Dos años yá, sí, dos años
que el alma por vos suspira,
y en cambio vos doña Elvira
me pagais con desengaños!
Con vehemencia os supliqué,
os amé con frenesi,
y siempre, señora, ví
despreciada mi honda fé!..
Lo que el amor no alcanzó,
el ardid lo alcanzará:
vuestro amante preso irá
y con vos quedaré yó.
Y si os negais á ser mia,
yó os prometo altiva dama
que de vuestra honrosa fama
hoy será el último dia.

En este momento aparece en el fondo Quevedo y el Mesonero.

ESCENA IV.

D. RODRIGO, QUEVEDO y el MESONERO en el dintel de la puerta.

MESONERO. Si esperar aquí os conviene,
podeis quedaros.

QUEVEDO. Me quedo.

El Mesonero se retira y Quevedo se dirige hácia donde se halla D. Rodrigo.

- D. RODRIGO. Quién vá allá !
- QUEVEDO. No vá, que viene,
don Francisco de Quevedo.
- D. RODRIGO. Levantándose y mostrando estrañeza al ver á Quevedo.
¿ Vos aquí ?
- QUEVEDO. Si es que me veis,
y me ois, aunque os enfada,
la pregunta que me haceis
ó es tonta ó es escusada.
- D. RODRIGO. Chancero sois en verdad
y chistoso en alto grado.
¡ Con que os habeis escapado !
- QUEVEDO. Con suma facilidad. *Se sienta.*
Tocó un registro el ministro
y en Lujanes me encerró ;
pero aluego salí yó,
porqué toqué otro registro.
- D. RODRIGO. Confuso estais á fé mia
en el relato, y no se... *Se sienta.*
- QUEVEDO. Es que siempre á mí me ve,
confuso su señoría.
- D. RODRIGO. Sin embargo... y aunque os vemos
confusos, doy en pensar
que debeis mucho estimar
á la condesa de Lemos.
- QUEVEDO. Comprendo... pero no es esa
la mano que me salvó:
no toqué el registro yó
de la señora condesa.
- D. RODRIGO. Alguna dama, tal vez,
de palacio, agradecida...
- QUEVEDO. Ya respirais por la herida
que sufre vuestra allivez.
- D. RODRIGO. ¡ Yó herido ! Y en qué sentido ?
- QUEVEDO. No hacedme hablar...
- D. RODRIGO. Os lo ruego.
- QUEVEDO. Por el dios que pintan ciego,
ciego andais y mal herido.
- D. RODRIGO. Ilusion !..
- QUEVEDO. No es ilusion,
pues muchas veces os ví

á sus plantas.

D. RODRIGO.

QUEVEDO.

¡Cómo! ¿A mí?

A vos, señor Calderon.
Mas doña Elvira suspira
por quien vale mas que vos,
y en vano pedís á Dñs
el amor de doña Elvira.

D. RODRIGO.

QUEVEDO.

No pretendo tal fortuna.
Mas quién es el tal varon?
Don Alberto de Giron,
sobrino del gran Osuna.
¿Conoceisle? Es el que anoche
mas que vos afortunado
iba de la dama al lado
cuando bajasteis del coche;
el que quisisteis seguir
por conocer la tapada
cuando os detuvo la espada
de aquel... que no os quiso herir.

D. RODRIGO.

Ya sé que os batís muy bien;
mas os podeis preparar
que si anoche os tocó dar
acaso esta noche os dén.

QUEVEDO.

Levantándose y tras él, D. Rodrigo.

Cuando entré en este meson
y sentado en él os ví,
al punto me dige: aquí
se fragua alguna traicion.
Por lo tanto, prevenido
me dispuse luego á estar.

D. RODRIGO.

Y quizá para quedar
esta noche aquí vencido.

QUEVEDO.

No temo luchar con vos
siempre y como vos querais.

D. RODRIGO.

Con que decidido estais?

QUEVEDO.

Ya os lo dige.

D. RODRIGO.

Pues, adios.

QUEVEDO.

Partís?

D. RODRIGO.

Si. Se dirige al fondo.

QUEVEDO.

Pues yó aquí sigo
hasta el fin de la aventura.

D. Rodrigo desaparece y Quevedo se asoma á la ventana.

Abrid los ojos, que oscura
la noche está, don Rodrigo.

ESCENA V.

QUEVEDO.

No sé que estrella es la mia,
ni sé como me gobierno,
que entre mugeres metido
constantemente me veo.

Y aunque mal hablé de muchas,
no me abandonan por eso,
ni hay un enredo de amor
donde no se halle Quevedo,
ni del que parte no tome,
ni del que no vaya preso,
ni del que no resultaren
las resultas del enredo.

Y eso que yó, á las mugeres,
francamente, lo confieso,
ni las busco, ni las traigo,
ni las sigo, ni las dejo,
ni las llamo, ni las huyo,
ni las odio, ni las quiero.

Pausa.

Mas volviendo á don Rodrigo:
¿cuál habrá sido su intento
al retirarse de aquí?..

La cita es aquí, y yó creo...

No hay duda de que algo inventa
y lo que inventa no es bueno.

¡Oh, malvado! yó tus planes
estorbar hoy te prometo:

pensaste que me salvó
la condesa de mi encierro

y no es así, mas te juro
que ahora sin perder momento
ella ha de hacer cuanto pueda
por doña Elvira y Alberto.

Partamos, no sin llevar
al aire libre el acero,
que en noches cual la presente
dicen que el diablo anda suelto.

Al dirigirse Quevedo á la puerta, aparece Doña Elvira envuelta en sú manto y aquel se detiene.

ESCENA VI.

QUEVEDO y Doña ELVIRA.

- QUEVEDO. (¡Una dama!) Bien venida.
- Doña ELVIRA. ¡Ah! sois vos? ¡Cuánto me alegro! Se descubre.
- QUEVEDO. Doña Elvira, el cielo os guarde.
- Doña ELVIRA. Y á vos tambien. Me digeron que por orden del ministro...
- QUEVEDO. Justo: me llevaron preso, mas salí pronto, pues siempre procuro abreviar el tiempo de estancia en aquel lugar donde con gusto no entro; y ya podeis comprender que el parage de mi encierro no es el parage en que gusta aprisionarse Quevedo. Mas variando de cuestion, decid, señora, ¿y Alberto?
- Doña ELVIRA. No se... no le he visto... sola de palacio me trageron en mi litera, y os juro que al no verle aquí, me temo que alguna ronda...
- QUEVEDO. Bien puede, que al fin un acero es poco contra mas de cuatro aceros. Sin embargo, no temais.
- Doña ELVIRA. Y vos ¿qué haceis con el vuestro desnudo?
- QUEVEDO. Guardándolo en la vaina. Cuando llegasteis iba á salir... mas al veros ya de aquí no me separo.

Doña ELVIRA. ¡ Ah ! que bueno sois , que bueno !

QUEVEDO. Deber mio es amparar
á quien tanto valimiento
y fama alcanzó en la corte
por su hermosura y talento.

Doña ELVIRA. Mil gracias, querido amigo.

QUEVEDO. Señora, no las merezco,

Dirigiendo la vista al fondo.

Cuanto tarda vuestro amante.

Yó iria... mas no me atrevo

á dejaros aquí sola ,

Don Rodrigo , segun creo

no debe andar muy distante

de este meson y me temo...

Doña ELVIRA. Alguna sorpresa ?

QUEVEDO. Justo :

es un hombre...

Doña ELVIRA. No haya miedo:

yó me ocultaré si acaso...

QUEVEDO. Quereis que vaya ?

Doña ELVIRA. Os lo ruego.

QUEVEDO. Corriente. (Asi podré ver

á la condesa de Lemos

para que del Rey consiga

las órdenes que deseo.)

Bella dama... hasta despues.

Doña ELVIRA. Que el cielo os guarde, Quevedo.

Sale foro.

ESCENA VII.

Doña ELVIRA.

Angel que solo inspiras

santos amores ,

y alientas con tu fuego

los corazones ,

tiende tus alas

de púrpura y de nieve

sobre mi alma.

Tú, que á nuestros ensueños

dás forma y vida,
 los que mi pecho inquietan
 pronto realiza:
 sueños que halagan
 tanto cual la primera
 bella esperanza.
 Nunca las breves horas
 de nuestra dicha
 se conviertan en honda
 melancolía,
 y solo, solo
 de placer nuestras lágrimas
 bañen los ojos!
 Aquellos que se adoran,
 un cielo habitan,
 donde brotan y crecen
 flores divinas:
 sus ruegos oye
 y del cielo en que viven
 no los arroges!

ESCENA VIII.

Doña ELVIRA y D. RODRIGO.

D. RODRIGO. Saludo á la mas hermosa
 dama de palacio.

Doña ELVIRA. ¡ Ah!

Se encubre con su manto y se viene á un extremo de la escena.

D. RODRIGO. No os altereis: os lo ruego.

Doña ELVIRA. Salid al punto.

D. RODRIGO. No tal.

Ya que la dicha he tenido
 de poderos encontrar
 en este sitio y tan sola,
 debo, señora, en verdad
 aprovechar los momentos
 y hablaros...

Doña ELVIRA. Dejadme en paz.

Descubriéndose.

D. RODRIGO. Desdeñosa estais á fé.

Doña ELVIRA. Estoy como debo estar

- con el que llega hasta mí tan imprudente y audáz.
- D. RODRIGO. Advertir, linda señora, que hoy en mis manos está vuestro nombre y vuestra fama.
- Doña ELVIRA. En vuestras manos? Callad! Eso, señor don Rodrigo, es locamente pensar; y aunque de todo lo malo se muy bien que sois capaz, nada temo obrando bien de los que siempre obran mal.
- D. RODRIGO. Una dama de la Reina que se la llega á encontrar en un meson, á estas horas, yó francamente...
- Doña ELVIRA. Acabad.
- D. RODRIGO. No se que dé por ventura algo bueno que pensar.
- Doña ELVIRA. ¡Don Rodrigo!
- D. RODRIGO. Yó, señora, no dudo que sois la mas... pero olvidais que las gentes...
- Doña ELVIRA. ¡Las gentes!.. Pues bien, dejad, que imaginen lo que quieran.
- D. RODRIGO. Es, señora, que además dais lugar al desagrado...
- Doña ELVIRA. De quién?
- D. RODRIGO. De su Magestad.
- Doña ELVIRA. ¡Con que vais á delatarme!
- D. RODRIGO. Al ministro lo estais yá.
- Doña ELVIRA. ¡Al duque de Lerma!
- D. RODRIGO. Cierto: y órden me acaba de dar para seguir vuestros pasos y ved donde vais.
- Doña ELVIRA. ¡Oh! negad que habeisme hallado.
- D. RODRIGO. Imposible: la ronda os ha visto entrar.
- Doña ELVIRA. Es decir, que no hay remedio?

D. RODRIGO. Uno os queda.

Doña ELVIRA. Si.

D. RODRIGO.

Escuchad.

Ya sabeis, hace algun tiempo,
que os amo con hondo afan,
y que tan solo en el mundo
vuestro amor puede labrar
mi mas completa ventura,
mi eterna felicidad.

Pues bien, si me prometeis
que esa dicha podré hallar
en vuestro pecho, yó os juro
salvaros.

Doña ELVIRA. ¡ Nunca, jamás !

D. RODRIGO. Ved que perdida os hallais.

Doña ELVIRA. El cielo me salvará.

ESCENA IX.

Dichos y D. ALBERTO.

Doña ELVIRA. ¡ Alberto !

D. ALBERTO. Dirigiéndose hacia ella y tomándole una mano.

¡ Mi doña Elvira !

Que os pasa, decidme? Mas...
todo lo comprendo, todo.

Mirando con indignacion á D. Rodrigo.

¿ Qué haceis aqui ? Pronto: hablad !

D. RODRIGO. Siento, señor don Alberto,
no poderos contestar.

D. ALBERTO. Vos temeis...

D. RODRIGO. Yó nada temo.

D. ALBERTO. Pues escuchadme.

D. RODRIGO. Empezad.

D. ALBERTO. No muy lejos de esta casa
hay don Rodrigo un lugar,
donde cierto caballero,
mas que vos noble y leal,
luchando con vos anoche
os venció. ¿ Quereis probar
si esta noche á vos os toca

el triunfo? ; Vamos allá!

D. RODRIGO. Me estais provocando...

D. ALBERTO. Si!

Vamos!

Doña ELVIRA. Queriendo detenerle,

Alberto!

D. ALBERTO. Apartándola. Dejad.

D. RODRIGO. Os ruego que un solo instante
aquí os dignéis esperar:
deberes sagrados tengo
que cumplir antes.

D. ALBERTO. Marchad,
y no os tardeis en volver.

D. RODRIGO. Mucho no os haré esperar.

Sale puerta foro.

ESCENA X.

Doña ELVIRA y D. ALBERTO.

D. ALBERTO. ¡Cuánto siento, doña Elvira,
que la mágica alborada
de vuestro primer amor,
hoy por mí se torne pálida,
y que los bellos fulgores
de su pura luz dorada
envueltos en negras brumas
se pierdan en lontananza!

Doña ELVIRA. Sentándose y cerca de ella D. Alberto.

No, don Alberto, la aurora
del amor que nos halaga,
ni se pierde, ni se aleja,
ni por vos se torna pálida.
Los azares que corremos
son nuvecillas que pasan
ligeras por esta atmósfera
que amante Cupido baña
con su aliento.

D. ALBERTO. ¡Oh! mi Elvira!

Cuantas horas regaladas
de placer y de ternura,

de ilusión y de esperanza ,
 en vuestras redes de amor
 el dios del amor me guarda.

Doña ELVIRA. Quiera el cielo que ellas sean
 eternas , puras y santas!

D. ALBERTO. Lo serán , pero muy lejos
 de Madrid , donde es aciaga
 mas que dichosa la vida
 de sus bellisimas damas ,
 donde la flor al nacer
 rudo torbellino arrastra ,
 donde el ambiente no es puro
 donde se enturbian las aguas.
 Iremos , si , doña Elvira ,
 á donde al rayar el alba
 escuchéis mil ruisenores
 cantar en vuestras ventanas ,
 donde el tranquilo arroyuelo
 bordando cintas de plata
 copie vuestra faz divina
 y vuestras célicas gracias ;
 donde piseis rica alfombra
 de nardos , jazmin y acacias ,
 donde podáis respirar
 blanda brisa perfumada
 y donde besen de noche
 vuestros cabellos las auras !

Doña ELVIRA. Si , don Alberto , allí espero
 ver mi dicha realizada.

Y allí á los claros reflejos
 de esa misteriosa lámpara
 que luce entre pabellones
 y encages de filigrana ,
 sentados junto á una fuente
 que en perlas borbote el agua ,
 y aspirando la ambrosía
 de esas flores delicadas
 que lucen boton de oro
 sobre cáliz de esmeralda ,
 yó os cumpliré mis promesas
 con toda la fé del alma !

D. ALBERTO. ¡ Oh! gracias, mi doña Elvira,
virgen de mi amor, soñada!
¡ Dejad que pose mis labios,
en vuestras manos de nácar!

En el momento en que D. Alberto besa la mano á Doña Elvira aparece Quevedo puerta foro

ESCENA XI.

Los anteriores y QUEVEDO.

QUEVEDO. ¡ Bravo, señores, muy bien!

Doña Elvira y D. Alberto se levantan retirándose uno de o'ro; aquella con espresion de rubor.

No hay que alterarse por nada,
que ningun punto se pierde
en tanto que se baraja.

D. ALBERTO. Vos sois muy buen jugador...

QUEVEDO. Eso consiste en las cartas,
cuando los triunfos son buenos
suelo hacer buenas jugadas.

Y respecto á vos, ya veo
que no las haceis muy malas...

D. ALBERTO. Quevedo yó...

QUEVEDO.

No penseis
que tal proceder me alarma:
quien curado fué de espanto,
de tan poco no se espanta.

Un beso!.. cosa es tan leve
que ni lastima ni mancha,
y tantos, tantos se dan,
se reciben y se cambian,
que si así como no dejan
señal, la señal dejaran,

¡ cuántas y cuantas hermosas,
y hasta de las feas, cuantas,
viéramos con mas señales

que letras encierra un mapa!
Mas hablemos de otra cosa,
pues advierto y no me agrada,
que la amable doña Elvira
nos priva de sus miradas.

Doña ELVIRA.

Con timidez.

No tal, Quevedo; yó siempre
os miro con...

QUEVEDO.

Basta, basta.

Y don Rodrigo, decidme!
ha venido?

Doña ELVIRA.

Por desgracia.

D. ALBERTO.

Cuando yó entré en este meson
aquí el infame se hallaba.

Doña ELVIRA.

Si, Quevedo, y me juró
que habrá de saber mañana
su Magestad que he salido
varias noches del alcazar,
prometiendome difamarme
porque su amor no aceptaba.
Soy de parecer, Alberto,
que salgamos de esta casa
cuanto antes.

D. ALBERTO.

No es posible:

dígele que aquí esperaba
y caballeros cual yó
no faltan á su palabra.
Si quereis partir, Quevedo
os dará noble compañía
hasta palacio.

Se asoma á la ventana para reconocer la calle.

Mas yá

tampoco es tiempo: tomada
por la ronda está la calle.
No hay salida.

Volviéndose.

Doña ELVIRA.

¡ Virgen santa!

D. ALBERTO.

Sin duda que don Rodrigo
nos dispone una emboscada.

Doña ELVIRA.

Y vos qué decís?

A Quevedo.

QUEVEDO.

Yo? callo.

Doña ELVIRA.

Con que callais?

QUEVEDO.

Sí!

Doña ELVIRA.

Me estraña.

No pensais?..

QUEVEDO.

Mucho que pienso,
por esa razon callaba,
que cuando piensa Quevedo,

para bien pensar no habla.
 Doña ELVIRA. Perdonad si mi pregunta...
 QUEVEDO. Al contrario... (¡Oh cuanto tarda
 ese pliego!) Mirando hácia el fondo.

Doña ELVIRA. Ya sabeis
 que en vos tengo mi esperanza
 y en don Alberto.

QUEVEDO. Señora,
 no haya temores.

D. ALBERTO. La espada
 de don Francisco y la mia
 son en verdad buenas armas
 para vencer.

QUEVEDO. No lo dudo,
 pero tambien se me alcanza
 que encontra de la justicia
 es peligroso emplearlas.
 Lo mejor es que el ingenio
 trabaje en esta jornada,
 si es que en ella, solamente
 con mi pobre ingenio basta.

Doña ELVIRA. Siempre triunfasteis con él,
 y hoy en él vemos el áncora
 de salvacion.

QUEVEDO. Dios lo quiera,
 pues la mar alboratada
 por el furioso aquilon
 jigantes olas levanta.

D. ALBERTO. Y que hacemos?

QUEVEDO. Por lo pronto
 ocultaos en esa cámara
 con doña Elvira, y dejadme
 sobre cubierta, aunque el agua
 salte por las escotillas
 y arree la marejada.

D. ALBERTO. Y en caso extremo?

QUEVEDO. Si llega,
 y vuestro enemigo avanza
 y se apresta al abordaje,
 demos fuego á santa Bárbara.
 Entrad, pues, sin olvidaros

que tras hoy viene mañana.

Doña Elvira y D. Alberto entran puerta izquierda.

ESCENA XII.

QUEVEDO Quitándose el sombrero y las antiparras y dejándolos sobre la mesa.

El, con su amada se vá,
yó, sin amada me quedo ;
la ventaja que me lleva
es ventaja que le llevo.
Y amor con amor se paga,
dicen, y justo lo creo.
Anoche en tanto que yó
visitaba á la de Lemos,
en el jardín de la casa
me aguardaba don Alberto.
Y este servicio, en verdad,
es servicio que agradezco,
servicio que bien le pago
con este que bien le presto.
Voy á ver si el enemigo
se encuentra de aquí muy lejos

Aprosimándose á la ventana.

Pues señor, por mas que miro
no veo... nada, no veo;
ni aun la calle se distingue.

Llevándose la mano á los ojos.

¡ Cómo he de ver, si no llevo
las antiparras ! Sin duda
las dejé con el sombrero.

Buscando en la mesa.

Justo, aquí están: me las planto
y me cubro al mismo tiempo,
que aunque la noche es templada
aseguran que no es bueno
estar én ciertos lugares
sin lentes y descubierto.

Mientras se coloca las antiparras y el sombrero que todo será sin separarse de un lado de la mesa, aparece D. Rodrigo puerta foro.

ESCENA XIII.

QUEVEDO y D. RODRIGO.

D. RODRIGO. Quién anda aquí?

QUEVEDO. La pregunta es muy propia del sugeto; señor, aquí no anda nadie, solo estoy, y esto me quedo.

D. RODRIGO. Muy bien, señor don Francisco!

QUEVEDO. Os agrado?

D. RODRIGO. Si.

QUEVEDO. Me alegro.

D. RODRIGO. Mas decid: ¿Dónde se ocultan doña Elvira y D. Alberto? Orden traigo del ministro...

QUEVEDO. Acaso para prenderlos?

D. RODRIGO. Cabalmente.

QUEVEDO. Obra sin duda de vuestro claro talento!

D. RODRIGO. Con él ó sin él, vereis que al fin esta noche os venzo.

QUEVEDO. Éstais seguro?

D. RODRIGO. Lo estoy.

Conmigo una ronda llevo dispuesta á cumplir mis órdenes.

Quevedo se sonrie.

Os reis? Ola! Aquí dentro.

Llama desde la puerta.

ESCENA XIV.

Dichos, el ALCALDE, SANCHO, RUIZ y SARMIENTO
que aparecen puerta foro.

D. RODRIGO. Registrad toda la casa y si los hallais, prendedlos! Así el ministro lo ordena.

Al dirigirse el Alcalde á la puerta izquierda, se interpone Quevedo.

QUEVEDO. Alto ahí! Yó soy primero, que á cumplir tales mandatos, ventaja á ninguno cedo.

Se aprocsima á la puerta y dá dos palmadas.

No tardarán en salir.
D. RODRIGO. Triunfo seguro. A Quevedo.
QUEVEDO. Veremos.
D. RODRIGO. No lo dudeis.
QUEVEDO. Pues lo dudo.
D. RODRIGO. Soy Calderon!
QUEVEDO. Yó, Quevedo!

ESCENA XV.

Los anteriores. Doña ELVIRA y D. ALBERTO.

D. ALBERTO. Mirando con indignacion á D. Rodrigo.
 Al fin traidor y cobarde!
D. RODRIGO. Prendedle! Al Alcalde.
DOÑA ELVIRA. A Quevedo. ¿Qué es esto?
QUEVEDO. A Doña Elvira. Calma :
 os os altereis.
ALCALDE. A D. Alberto. Caballero...
 entregadme vuestra espada.
D. ALBERTO. ¡Voto á mil! Mirando á Quevedo.
QUEVEDO. Obedeced
 que así el ministro lo manda.
D. Alberto entrega su espada al Alcalde.
D. ALBERTO. Con que perdidos estamos? A Quevedo.
QUEVEDO. Aun nos queda santa Bàrbara ,
 y es facil que al estallar
 vaya don Rodrigo al agua
 y nosotros nos salvemos
 por milagro de la santa.
D. RODRIGO. Tal lo esperais ?
QUEVEDO. Tal lo espero.
D. RODRIGO. Pues contad por disipada ,
 cual humo que el viento lleva,
 esa idea que os halaga.
QUEVEDO. Cuento que contais muy mal
 lo que á vos no se os alcanza.
D. RODRIGO. Dentro de poco, Quevedo ,
 me lo direis. Noble dama ;
 respecto á vos , se me ordena

que por mí seáis presentada
á su Magestad. Mi coche
muy cerca de aquí os aguarda.
Salgamos pues.

En este momento aparece Nuño puerta foro con un pliego en la mano.

ESCENA XVI.

Los anteriores y Nuño.

Nuño.

Don Francisco :

el Capitan de la guardia
del real palacio , este pliego
me ordena entregaros.

Se lo entrega y se retira puerta foro. Los damás permanecen fijos en Quevedo.

QUEVEDO.

Gracias...

á Dios ! señor don Rodrigo :
escuchad bien lo que manda
su Magestad.

D. RODRIGO.

Cómo !.. ¿El Rey?

QUEVEDO.

Justamente: santa Bárbara.

Mivimiento de sorpresa en todos.

Leyendo.

»Dispongo que no se cumpla
»la órden de prision dictada
»contra el noble don Alberto
»de Giron y de la dama
»doña Elvira Carvajal ,
»á quien otorgo la gracia
»que pide para enlazarse
»con aquel.»

Todavía falta.

»Al mismo tiempo he resuelto
»que preso á Lujanes vaya
»don Rodrigo Calderon
»por su inescusable falta
»de sorprender al ministro
»la firma en la ya indicada
»órden de prision.» Amigo...
ved la firma del monarca.

Se la muestra y la ve.

Señor Alcalde, tomad

- y obedecer sin tardanza
las regias disposiciones.
- ALCALDE. Serán al punto observadas.
Don Alberto... Le devuelve la espada.
Don Rodrigo... Ecsigiéndole la suya
- QUEVEDO. Paciencia. El que á hierro mata...
D. RODRIGO. Yó me vengaré!
QUEVEDO. En la torre
pensad en vuestra venganza
en tanto que yó os escribo
alguna letrilla ó jácara.
- D. RODRIGO. Partamos! Se dirige al fondo.
ALCALDE. Que el cielo os guarde. A Quevedo.
Señores, todos en marcha.
- Salen puerta foro, D. Rodrigo, los Oficiales y el Alcalde.

ESCENA ULTIMA.

QUEVEDO, Doña ELVIRA y D. ALBERTO.

- D. ALBERTO. ¡Permitidme que os abrace!
Doña ELVIRA. ¡Oh! cuánta dicha os debemos! } A Quevedo.
QUEVEDO. Tambien yó al veros dichosos,
dichoso me considero,
que es recíproca en verdad
esta dicha al mismo tiempo.
Doña Elvira, dicha os debe,
vos, dicha debéis á Alberto,
á mí, dicha me debéis
y á vosotros dicha os debo.
Ahora ¡oh, dichosos amantes!
quiera Dios si tregua haceros
bien casados, mientras yó,
vivo muy feliz soltero;
pues si á vosotros os place
la unión de ese lazo eterno,
yó, como siempre repito,
bueno está en Roma san Pedro.
Y pues que vais á casaros,
quizá mañana, deseo
antes de salir de aquí,

hablaros del casamiento.

Los toma de las manos y se acerca al proscenio.

Puede ser el matrimonio
 el jardin mas pintoresco:
 la muger, la flor mas bella,
 y el marido, el jardinero.
 El amor de este, sin duda
 el mas saludable riego,
 y la fragancia de aquella,
 de aquel, el mayor anhelo.
 Si por cuidarla afanoso,
 raya su cuido en esceso,
 la flor doblando su cáliz
 lleva su corola al suelo,
 quedándose por lo tanto
 sin la flor el jardinero.
 Si la mira con desdén
 y la toca con despego,
 y la escasea el rocío,
 y no la libra del viento,
 la flor se pierde y se queda
 sin la flor el jardinero.
 Si en el pensil la abandona
 y solo deja que el Cielo
 la conserve hermosa y pura,
 contad por caso muy cierto
 que en cuanto llegue á saberse
 la ingratitude de su dueño,
 con mucho primor, la cortan,
 se la llevan, y laus deo,
 y al fin se viene á quedar
 sin la flor el jardinero.
 Con que yá que tal oficio
 vais á tomar, os prevengo
 no olvideis esta pintura
 que os hago del casamiento,
 por mas que al iros de aqui
 digais, como así lo espero,
 ¡que cosas tiene tan raras
DON FRANCISCO DE QUEVEDO!

FIN.

